

Un viaje a la libertad San Juan de la Cruz

Abriendo *una nueva ventana a un mundo diferente*, Juan Antonio Marcos nos ha presentado un nuevo trabajo sobre la experiencia mística.

Con un planteamiento muy sencillo: un viaje, un viajero y la libertad como meta, nos introduce en esta experiencia de la mano de san Juan de la Cruz.

Un viaje a la libertad nos tiende un puente entre dos orillas al combinar de una forma muy bella dos cosas, nos sitúa continuamente en dos niveles que deben ir unidos: la reflexión y la experiencia.

Por una parte, nos introduce en el mundo de las metáforas en el que nos movemos habitualmente, aunque a menudo sin conciencia de ello. Un mundo que nos obliga a pensar, a reflexionar y que además, en este caso, nos ayuda a desmenuzar, a comprender el sentido de lo que san Juan de la Cruz intenta transmitirnos a través de sus escritos, de esa historia de amor y libertad que él ha vivido. Y por otra parte, nos conduce hacia una experiencia. A través de las páginas del libro se abre la puerta a la experiencia de Dios y se transmite ese algo cálido que sólo las palabras nacidas de la experiencia pueden otorgar, invitando a la vez a entrar en ese «quedar no entendiendo, toda ciencia trascendiendo». A cada paso encontraremos la interpelación directa que no nos deja pasar de largo.

La mística es un viaje y el lenguaje también lo es. La metáfora del viaje, verdaderamente cotidiana y magníficamente traída aquí, nos abre un arco iris de posibilidades.

San Juan de la Cruz nos ofrece innumerables ejemplos de ello y no hay más que acercarse a sus escritos para ver que la idea del camino es realmente notable en estos y sabemos, además, que el lenguaje nos puede hacer acceder a lo Real, que es una «peregrinación», un «viaje espiritual», puesto que no se elabora un lenguaje sino para salir de sí hacia otro para evocar con él a un Ausente¹. Merece la pena, pues, adentrarse.

Este es el punto de partida del libro de Juan Antonio. El viaje y un viaje muy concreto: el viaje a la libertad. Una libertad que significa belleza, salud, plenitud y que es, en definitiva, la unión con Dios.

Antes de abordar un pequeño recorrido por los capítulos quiero resaltar aquí una idea que emerge casi de cada página, que se anuncia al inicio del libro y que lo concluye también. El viaje, la experiencia mística, es *movimiento*, se trata de *andar el camino* y por ello, tanta «salida», lo mismo que superar y sortear obstáculos, despojarse y atravesar las noches, tiene sentido. Nada hay que merezca ser tenido en cuenta como para quedarse estancado y perder ese don que es la libertad que se nos ofrece.

Y todavía otras dos ideas que se repiten como una melodía de fondo a lo largo de toda la exposición.

El amor como motor que pone en marcha y sin el que nunca emprenderíamos esta aventura ni perseveraríamos en ella y la reiterada constatación de que es a través de las realidades concretas y físicas como hablamos de las que son más abstractas y espirituales.

Cuanto a lo primero, basta asomarse al primer capítulo que trata de *la salida* y con él al texto sanjuanista. Al inicio de los poemas Noche y Cántico se expresa con claridad, pudo salir el alma *con la fuerza y calor que para ello le dio el amor de su esposo y saliendo de sí misma, por olvido de sí, lo cual hace por el amor de Dios*, respectivamente. El amor envuelve toda la experiencia mística.

Así se recorre el camino, no hay otra fuerza generadora de movimiento, capaz de hacernos salir y de mantenernos en la peregrinación. Y el término de éste, la libertad o unión, no es otra cosa sino el encuentro amoroso.

Cuanto a lo segundo, entramos en el universo de las metáforas al que hemos aludido y que, a modo de cascada de luz, vierte nuestro autor sobre las realidades que hay que abordar para entender por dónde y de qué manera podremos hacer este viaje vital para nosotros.

¹ Cfr. L. Massignon, *Ciencia de la Compasión. Escritos sobre el Islam, el lenguaje místico y la fe abrahámica*, Madrid, Trotta, 1999, p. 100

En el mundo del espíritu todo es metáfora, nos dice Juan Antonio. No vamos a ser exhaustivos, sólo pretendemos con estas líneas abrir el gusto por la lectura de este libro capaz de despertar el deseo de vivir esta experiencia.

Metáforas, proyecciones y expresiones metafóricas, se extienden a lo largo de todo el libro. Baste mentar algunas de las muchas que iluminan el *viaje* que hemos emprendido.

Los cuatro primeros capítulos del libro, ya en el título, son una invitación a abandonar la superficialidad: es un *viaje interior*, un *viajero de lo profundo*, y se trata de hacer una *integración*, de tomarse unos tiempos para *integrar* el deseo y el vacío.

Desde el primer capítulo se aborda *la salida*. Es otra idea que también recorre el discurso del viaje. Es una salida continua, un no detenerse en ningún lugar y en ninguna cosa. Es la idea de movimiento que nunca desaparece. Esta salida que sólo se emprende tras la herida de amor se hace, espacialmente, en tres direcciones: hacia delante, hacia arriba y hacia dentro. Son tres viajes.

La salida como desprendimiento radical de sí mismo, como un ir más allá de nosotros mismos. Es el movimiento hacia el yo real de cada uno, única posibilidad de encuentro con Dios. Se avanza haciendo frente a los obstáculos, despojándose de todo, siempre *hacia delante*, donde está nuestra meta; *ascendemos* gradualmente por *la secreta escala*, a través de la noche, superándonos a nosotros mismos, aligerándonos de las *cargas*, es decir, los apetitos, que se conciben como suciedad, lazos, animales, enemigos. Porque arriba está lo positivo, lo importante. Por último el movimiento, siempre movimiento, es *hacia el interior*, hacia el *sumo recogimiento* donde se halla Dios.

A este alma, el viajero que ha de salir, se le aplica, metafóricamente, la imagen de un «recipiente». Y con esta metáfora se dibuja la experiencia mística como un viaje hacia el interior, hacia el centro. El alma-recipiente y también la mente-recipiente, que engloba entendimiento y memoria, han de vaciarse. Hay que proceder *de lo más exterior a lo más interior* hacia este recogimiento. Salida y vaciamiento se entrelazan. Lo mismo que movimiento y espacio.

Nuestro viajero es un alma herida por el deseo de Dios que necesita alimentarse para crecer. Veremos cómo Dios nos pone a dieta y, más adelante, en las noches, nos irá cambiando los manjares. Este alma puede, obrando, *adquirir, aumentar y conservar* virtudes en este viaje. Y además, resulta que este viaje es un *negocio*, una inversión rentable; pero la experiencia mística también es una inversión de alto riesgo porque «hasta llegar al estado quieto», a la unión, todo es inestabilidad y *la experiencia de la noche está sujeta a altibajos continuos*, en palabras de Juan Antonio.

En los siguientes capítulos, III y IV, se abordan las dificultades que nos impiden el movimiento, los obstáculos. También estamos heridos por deseos que nos oscurecen y enferman, que nos privan de la libertad. Lo mismo que hay situaciones, experiencias en las que corremos el peligro de quedarnos estancados. Hay que sortear también estos obstáculos.

La integración del deseo y del vacío se nos presenta como un camino real a través del cual podemos aprender a vivir.

No se trata de eliminar los obstáculos, se trata de ir más allá de la forma ordinaria de desear, de acceder a la maduración del deseo. Superar, afrontar, apaciguar, iluminar. Nuevamente, *salir, vaciar*, no quedarse *en* los deseos. Reaparece una de las claves de este viaje: sólo el amor de Dios, hasta la pasión de amor, es la fuerza para realizar este camino. Sólo la herida de este amor puede sanarnos y avanzar por el camino místico será ir recuperando la salud.

Y se trata de caminar en fe. Caminar *no entendiéndolo, no gustándolo, no sintiéndolo* es caminar en fe. Es abandonar seguridades, dejar de lado los miedos y no detenerse más de la cuenta en nada, por positivo que sea. No permitir que el alma se *embarace* para que nada le impida seguir avanzando. Y así nace el gozo de lo que podría parecer negativo, el olvido de sí y se abren los ojos a otra luz y se saborea la verdadera dulzura. La fe es lo único que puede conducirnos al final de este viaje, es la guía.

Así *entramos* en la noche. La noche es tiempo y es espacio. Tiempo y espacio para la integración. Sobre la metáfora que hace de los estados lugares se levanta la que hace de las noches místicas espacios, espacios de sanación. Un lugar para lo que ya hemos apuntado: para aceptar que estamos heridos y acoger un amor que nos libera. Y es Dios quien nos introduce en la noche, él es el principal agente de esta aventura. Él es quien realiza la transformación en un proceso que alcanza a todos los niveles de la persona, sanándola, liberándola.

En el penúltimo capítulo del libro, denso capítulo que trata de las noches, dado que no podemos entrar a analizar ambas (noche de lo sensorial, noche de la razón) por separado con todos sus elementos, al menos hacer notar que de alguna manera se recoge el camino que llevamos recorrido. En este lugar nos enfrentamos a la verdad sin asideros. Aquí aprendemos a confiar ciegamente superando los niveles de la utilidad, libramos la gran batalla del despojo al tiempo que aceptamos quietamente -por su carácter pasivo- ser mirados por Dios para *abrir los ojos con advertencia de amor*, abandonándonos a la máxima sencillez.

Sin perder de vista que las noches también son lugares de paso, nuestra meta está más allá y hay que superar también el peligro de desandar lo andado hasta ahora. Porque avanzar es ir por lugares nuevos y podemos desorientarnos. No hay mapas y cada viaje está hecho de caminos estrictamente personales para el viajero que lo emprende.

Y porque este viaje, la experiencia mística, nos hace ir de novedad en novedad, viviendo desconcertados, saliendo siempre de nosotros mismos, necesitamos alguien que nos guíe con su palabra, su experiencia, su sabiduría y aquí ese alguien es san Juan de la Cruz que surge entre estas páginas como verdadero compañero, guía y consejero para el camino, como alguien que ha recorrido el camino.

Desde el inicio de este viaje tenemos muy clara la meta, el lugar donde queremos llegar, *la unión mística es la libertad deseada* como reza el título del último capítulo.

En este capítulo se recoge una metáfora conceptual desarrollada a lo largo de todo el libro, que ha ido jalonando todos los pasos que hemos dado: la moralidad como salud, como limpieza, como belleza, integridad, control y fortaleza. Nuestro viajero la ha ido ganando en este viaje y al final, en la unión, la encontrará plenamente saboreando la dulzura de Dios, salud de su alma.

En tres preciosos epígrafes queda expresada la unión: estar sano, vivir centrado, andar enamorado. A partir de ahí Juan Antonio nos brinda una verdadera eclosión de términos que intentan decir la unión mística y que consiguen, como nos explica casi terminando el viaje, «rebosar» algo de lo que se siente en esta unión.

Así, la unión es salud, nudo, fuego, es adentro, es recogerse, centrarse, es paz, abrazo, es reconstrucción; no acabaríamos ni encontraríamos palabras para expresar esta experiencia totalizante, en la que se pierden todos los caminos y en la que se recupera todo lo que se ha dejado a lo largo de este viaje. Fuera de camino, arriba, el alma anda interiormente como de fiesta, saboreando la dulzura de la libertad interior y descubriendo que todas las cosas son noticia de Dios.

Como hemos visto, unas metáforas nos llevan a otras formando el tejido del camino que estamos recorriendo, como un entramado que es nuestra cotidianidad, el lugar de nuestras experiencias.

Se cumple la promesa hecha al inicio, la de mostrar la experiencia mística a través de las metáforas cotidianas. Y este es un servicio impagable del presente libro, religar la experiencia mística cristiana a su verdadero ámbito. Esta experiencia, tan susceptible siempre de ser desvirtuada al alejarla del cristiano normal y basarla en fenómenos extraordinarios, de parecer reservada para una pequeña élite, se presenta claramente como algo que cada cristiano, cada hombre puede experimentar². La experiencia mística no está lejos de nosotros, está aquí.

Si, de hecho, la experiencia mística no se puede decir sino sólo *apuntar, insinuar, sugerir* eso es lo que consigue este libro con creces. Y sugerir es inspirar, provocar. Eso y regalarnos la imagen más real de san Juan de la Cruz, como quien puede encaminarnos en la fe, con benignidad y sosiego, poniéndonos ánimo y dándonos a entender cómo ir adelante³.

Ir adelante. Porque en este viaje nunca se llega del todo al destino final, siempre se puede entrar más adentro.

² Cfr. K. Rahner, *Experiencia del Espíritu*, Madrid, Narcea, 1977, p. 25-26.

³ Cfr. 2S 22, 19